

Camino a Jerusalén

(Marcos 10.32–52)

Joe Schubert

En el último tramo de Marcos 10, Jesús y Sus apóstoles se encontraban camino a Jerusalén, camino a esa última semana llena de acción de la vida de Jesús, antes de la cruz. El Señor previó la cruz y todo lo que ella suponía; sin embargo, estaba resuelto a hacerle frente.

I. EL ANUNCIO DE CRISTO (10.32–34)

Esto es lo que leemos en los versículos 32 al 34:

Iban por el camino subiendo a Jerusalén; y Jesús iba delante, y ellos se asombraron, y le seguían con miedo. Entonces volviendo a tomar a los doce aparte, les comenzó a decir las cosas que le habían de acontecer: He aquí subimos a Jerusalén, y el Hijo del Hombre será entregado a los principales sacerdotes y a los escribas, y le condenarán a muerte, y le entregarán a los gentiles; y le escarnecerán, le azotarán, y escupirán en él, y le matarán; mas al tercer día resucitará.

Esta era la tercera vez que Jesús les hacía este anuncio especial a Sus apóstoles. Y cada una de las veces que hizo el anuncio se refirió con mayor detalle a los incidentes y eventos que iban a suceder. Los apóstoles, no obstante, jamás parecieron entender el anuncio.

La primera vez que hizo este anuncio se recoge dos capítulos atrás, en Marcos 8, donde sencillamente expresó que sería desechado, muerto y resucitado al tercer día (8.31). El segundo anuncio fue recogido un capítulo más adelante, en Marcos 9, donde agregó la insinuación en el sentido de que sería traicionado (9.31). En Su tercer anuncio agregó varios detalles. Mencionó que sería condenado a muerte, entregado a los gentiles, escarnecido, escupido, azotado y, por último, muerto. Y, como lo hizo las dos veces anteriores, repitió que sería resucitado de entre los muertos al tercer día.

¿Cómo supo Jesús que estos precisos

eventos ocurrirían? A menudo respondemos: «Por inspiración divina. Dios se lo reveló». Puede ser; sin embargo, el contexto puede apuntar a otra posibilidad. Jesús sabía que estos eventos en particular y concretos iban a suceder porque había estudiado lo que los profetas antiguotestamentarios habían dicho acerca de Su muerte. Sabía que cada uno de estos eventos había sido anunciado por los profetas antiguotestamentarios. De hecho, Lucas, en su relato paralelo de este evento, dice que Jesús, en esta misma ocasión, les dijo a los discípulos: «He aquí subimos a Jerusalén, y se cumplirán todas las cosas escritas por los profetas acerca del Hijo del Hombre» (Lucas 18.31). Jesús sabía que estos precisos eventos iban a suceder, porque las profecías antiguotestamentarias las habían anunciado. Había leído acerca de ellas en Isaías, los Salmos y otros libros del Antiguo Testamento.

Marcos indica que, aparentemente, había cierto ambiente de tensión en la atmósfera cuando Jesús y los discípulos se dirigían hacia Jerusalén. Jesús iba delante de ellos, aparentemente solo. Detrás de Jesús iban los doce apóstoles. Marcos dice: «[...] y ellos se asombraron [...]». Detrás de los doce, a una mayor distancia, iba una multitud de gente. Marcos dice que la multitud le seguía con miedo. Todo lo anterior indica que debió de haber habido una sensación de inminente desastre y de que estaba próxima una crisis con siniestras posibilidades. Los apóstoles estaban muy conscientes de ello y la multitud también percibía la tensión.

Lo que asombraba a los discípulos y afectaba a la multitud era, sin duda, la actitud de Jesús. Jesús estaba completamente resuelto a ir a Jerusalén. Jesús se mantenía firme; estaba resuelto; no había quien lo persuadiera para que se devolviera. Sabía que se dirigía al peligro.

Jesús estaba convencido de que la cruz era la voluntad de Dios para Su vida. Además, estaba

convencido de que Dios estaría con Él y que Su muerte a manos de hombres inicuos sería invalidada por Su resurrección a manos de Dios. Sabía que lo peor que los hombres le podían hacer sería suplantado por la gloria de Dios. Así, dirigió su rostro resueltamente hacia Jerusalén.

Vemos en estos versículos la pura valentía de nuestro Señor. En el mundo hay dos clases de valentía. Hemos leído de hombres y mujeres que fueron enfrentados con una emergencia inesperada, a la cual respondieron instintiva y heroicamente. Eso es heroísmo que aflora instintivamente, sin pensarlo, sin anticipación alguna, sin reflexión alguna. Y hay una segunda clase de valentía. Es la valentía de la persona que ve claramente algo muy espantoso y aterrador en el futuro, algo que puede evitar si lo desea, pero emprende su marcha hacia esa amenaza, con pleno conocimiento de lo que le espera al final del camino. No hay duda acerca de cuál de las dos clases es la forma superior de valentía. La segunda era la clase de valentía que Jesús tenía —valentía para enfrentar el futuro, conociendo perfectamente lo que le aguardaba en el futuro. Si bien no era posible mejor opinión sobre su vida que la opinión en el sentido de que él poseía la más alta forma de valentía, todavía podríamos decir que Jesucristo de Nazaret fue una de las personas más heroicas que alguna vez anduvo sobre la faz de la tierra.

II. LA PETICIÓN DE LOS APÓSTOLES (10.35–45)

Jesús se encontraba camino a Jerusalén y a la cruz. Sin embargo, dice Marcos que los apóstoles que iban con él estaban pensando en algo muy diferente:

Entonces Jacobo y Juan, hijos de Zebedeo, se le acercaron, diciendo: Maestro, querríamos que nos hagas lo que pidiéremos. El les dijo: ¿Qué queréis que os haga? Ellos le dijeron: Concédenos que en tu gloria nos sentemos el uno a tu derecha, y el otro a tu izquierda (vers.^{os} 35–37).

Esta era, en esencia, una petición de Jacobo y de Juan en el sentido de ser administradores principales del reino venidero. Es como si uno deseara ser el Ministro de Asuntos Exteriores, y el otro, el Ministro de Hacienda. Lo asombroso de esta petición no es el hecho de que se hizo, sino el momento en que se hizo. ¡Jesús acababa de hacer el más detallado e inequívoco anuncio de Su muerte, y Jacobo y Juan salen con esta petición por un puesto de autoridad en el reino venidero! Esta es

la mejor muestra de cuán poco entendían los apóstoles, especialmente Jacobo y Juan, lo que Jesús les estaba diciendo. Las palabras por sí solas eran ineficaces para hacer que los apóstoles desearan esa idea tan arraigada que tenían de que el Mesías venidero poseería gloria y poder terrenales.

Mateo, en su relato, dice que fue la madre de Jacobo y Juan la que vino a Jesús con esta petición, insinuando que le habían pedido que hablara por ellos a Jesús.

Marcos va detrás de ella directo a los discípulos mismos, mostrando que en realidad fue idea de ellos quién sería el que verdaderamente se lo diría a Jesús. Jesús, conociendo el origen de la petición, se volvió directamente a Jacobo y a Juan para darles Su respuesta. En los versículos 38 al 40 leemos:

No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber del vaso que yo bebo, o ser bautizados con el bautismo con que yo soy bautizado? Ellos dijeron: Podemos. Jesús les dijo: A la verdad, del vaso que yo bebo, beberéis, y con el bautismo con que yo soy bautizado, seréis bautizados; pero el sentaros a mi derecha y a mi izquierda, no es mío darlo, sino a aquellos para quienes está preparado.

Esto es lo que Jesús les estaba diciendo a estos dos hombres: «Jacobo y Juan, ustedes en realidad no entienden lo que están pidiendo. No tienen idea de las implicaciones de la petición que acaban de hacer. No saben cuánto cuesta algo así. ¿Pueden beber la copa que yo bebo? ¿Pueden ser bautizados con el bautismo con que yo soy bautizado?».

La copa a la cual se refería Jesús es la copa del sufrimiento, la pena y la vergüenza. Era la copa a la cual se refirió en Su oración en el huerto de Getsemaní, cuando oró poco antes de Su muerte, diciendo: «Padre, todas las cosas son posibles para ti; aparta de mí esta copa; mas no lo que yo quiero, sino lo que tú». La copa era toda la gama de eventos relacionados con la cruz: el escarnio, el rechazo, los azotes y la crucifixión. Preguntó a Jacobo y a Juan: «¿Pueden ustedes beber la copa conmigo?».

Dijo: «¿Podéis ser bautizados con el bautismo con que yo soy bautizado?». El bautismo que estaba a punto de recibir era el bautismo de la muerte misma. Les estaba preguntando a Jacobo y a Juan: «¿Están dispuestos a morir por causa de su lealtad a Mí? ¿Cuánto están dispuestos a pagar por lo que piden?».

Jacobó y Juan respondieron de inmediato, sin entender en realidad lo que Jesús les estaba preguntando. Dijeron: «Claro, Jesús. Hágalo realidad. Lo

que sea necesario, estamos dispuestos a darlo. Podemos sufrirlo». Note la respuesta de Jesús. No atacó el punto. No se volvió a Jacobo y a Juan para decirles: «Un momento; creo que no entienden. Todavía no se han formado una idea. Permítanme explicarles otra vez». Aceptó la respuesta literal de ellos y dejó que los eventos posteriores se encargaran de revelarla. Les dijo: «Está bien; si ustedes desean beber la copa que yo beberé, y desean ser bautizados con el bautismo que estoy a punto de sufrir, así será».

Jacobo y Juan obviamente no sabían lo que estaban pidiendo. A veces no sabemos lo que estamos pidiendo cuando hacemos peticiones a Dios. Pero Dios a menudo concede nuestra petición aunque no entendamos en realidad lo que hemos pedido. Si hubieran sabido todo lo que ello significaba, jamás lo hubieran pedido. Jacobo fue el primer apóstol en morir. En Hechos 12 se relata que fue decapitado por el Rey Herodes. Juan fue el último de los apóstoles en morir. Entre el primero y el último, entre Jacobo y Juan, todos los demás apóstoles sufrieron su propio martirio por su lealtad a Jesucristo. La Biblia no nos dice exactamente cómo murió Juan, pero lo que sí sabemos es que fue exiliado a la isla de Patmos y que tuvo muchos padecimientos y aflicciones por causa del Señor. De modo que Jesús le concedió a ellos lo que pidieron. Bebieron de la copa del sufrimiento, la pena y la aflicción. Fueron bautizados con el bautismo de la muerte.

El relato pasa ahora a enfocar a los otros diez apóstoles que habían estado escuchando la conversación. Dice el relato:

Quando lo oyeron los diez, comenzaron a enojarse contra Jacobo y contra Juan. Mas Jesús, llamándolos, les dijo: Sabéis que los que son tenidos por gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y sus grandes ejercen sobre ellas potestad. Pero no será así entre vosotros, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que de vosotros quiera ser el primero, será siervo de todos. Porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos (vers.^{os} 41-45).

Jesús veía la cruz delante de Él, pero Jacobo y Juan veían puestos de autoridad esperando por ellos en el nuevo reino. ¿Qué veían los otros diez apóstoles? Estaban indignados, irritados, por la petición que Jacobo y Juan hicieron a Jesús. Obviamente, la razón por la cual estaban molestos con Jacobo y Juan era que estos dos discípulos llegaron antes que ellos a Jesús. Deseaban hacer la misma petición, y estaban enojados porque alguien

se les adelantó.

¿No es esa la razón que explica mucho de nuestro enojo? Nos enojamos con las personas y los eventos porque sencillamente se nos adelantan.

Este enojo de parte de los apóstoles era un serio acontecimiento y podía haber significado el completo rompimiento de la comunión del grupo de los apóstoles, si Jesús no intervenía inmediatamente. Marcos dice que Jesús los llamó y les dijo: «Hombres, vengan aquí y siéntense un momento. Quiero hablarles». Jesús, lleno de paciencia, dijo: «Yo sé que ustedes han estado observando los sistemas de valores y las organizaciones de los gentiles. Ustedes saben que la medida de grandeza de los gentiles es el poder: ¿Cuánta gente controla una persona? ¿Cuántos siervos tiene?». Después, nuestro Señor usó cinco palabras clave. Dijo: «*No será así entre vosotros*». En el reino de Dios jamás se pone una persona por encima de otra. En la compañía de Cristo se le otorga el título de grandeza a la persona que más sirve a las demás personas. Para concluir sus palabras Jesús llamó la atención a Su propio ejemplo. Dijo: «Porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos».

A Jesús le costó Su vida sacar al hombre del pecado y ponerlo dentro de la comunión con Dios. Jesús vivió Su vida, no para beneficiarse Él, sino para beneficiar a los demás. Dio Su vida en rescate por muchos.

No sólo estaban los apóstoles equivocados en cuanto a su entendimiento de la razón por la que Jesús se dirigía a Jerusalén, sino que también fueron incapaces de entender la razón por la que los había llamado a seguirlo desde un principio. En Su reino, decía Jesús, no hay primeros lugares, ni asientos de honor, ni títulos honoríficos. Más bien es todo lo contrario: la verdadera grandeza se encuentra en el servicio humilde a los demás que no nos pueden recompensar. El primer lugar en el reino de Dios se encuentra atrás, en un oscuro rincón que sólo Dios ve.

III. LA SÚPLICA DE BARTIMEO (10.46-52)

El camino a Jerusalén en aquel día no era todo sombrío ni todo pesimista. Puede que el entendimiento de los discípulos haya estado nublado. Uno de los temas recurrentes de Marcos es que la gente que menos se esperaba, en los lugares que menos se esperaba, de algún modo captaba el mensaje y actuaba movida por él. Eso es exactamente lo que vemos en este pasaje que sigue. Dice Marcos:

Entonces vinieron a Jericó; y al salir de Jericó él y sus discípulos y una gran multitud, Bartimeo el ciego, hijo de Timeo, estaba sentado junto al camino mendigando. Y oyendo que era Jesús nazareno, comenzó a dar voces y a decir: ¡Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí! Y muchos le reprendían para que callase, pero él clamaba mucho más: ¡Hijo de David, ten misericordia de mí! Entonces Jesús, deteniéndose, mandó llamarle; y llamaron al ciego, diciéndole: Ten confianza; levántate, te llama. Él entonces, arrojando su capa, se levantó y vino a Jesús. Respondiendo Jesús, le dijo: ¿Qué quieres que te haga? Y el ciego le dijo: Maestro, que recobre la vista. Y Jesús le dijo: Vete, tu fe te ha salvado. Y en seguida recobró la vista, y seguía a Jesús en el camino (vers.^{os} 46–52).

Jericó se encontraba a sólo unos 24 kilómetros de Jerusalén. Cuando Jesús llegó a Jerusalén, Él inmediatamente hizo preparativos para observar la Pascua. Todo varón judío mayor de doce años que vivía dentro de un radio de 24 kilómetros de Jerusalén debía asistir a la festividad anual de la Pascua en Jerusalén. Obviamente, esa era una ley que no podía cumplirse completamente. No todos los varones judíos mayores de doce años que vivían dentro del radio de veinticuatro kilómetros podían asistir. Los que se veían imposibilitados de asistir salían y se apostaban a uno y otro lado de las calles de las pequeñas ciudades y aldeas que había en la ruta hacia la Pascua y les expresaban sus mejores deseos a los peregrinos de la Pascua que pasaban por aquella ruta. Cuando Jesús, los discípulos y la multitud llegaron a Jericó, había gente de la ciudad apostada a ambos lados de las calles observando a los peregrinos de la Pascua que pasaban por su ciudad sobre el camino a Jerusalén. Entre las personas que estaban apostadas a los lados de las calles se encontraba un mendigo ciego llamado Bartimeo.

Marcos dice que este suceso de sanidad ocurrió cuando Jesús y los apóstoles salían de la ciudad (vers.^o 46). En el relato paralelo de Lucas, éste dice que sucedió cuando se acercaban a Jericó (Lucas 18.35). Estas dos afirmaciones han sido aprovechadas maliciosamente por los críticos como una prueba de una contradicción de las Escrituras. Marcos dice que sucedió cuando salían de Jericó. Lucas dice que sucedió cuando se acercaban a Jericó. Pero toda idea de contradicción desaparece cuando uno se da cuenta de algo muy sencillo: Había dos Jericós. Había la antigua Jericó, una ciudad que había sido destruida en los tiempos de Josué, cuando los israelitas tomaron la Tierra de Promisión. Había sido reconstruida en cierta medida y existía en el sitio. A unos pocos kilómetros más adelante sobre la ruta había una

nueva y más grande Jericó. Este milagro de sanidad aparentemente sucedió en algún lugar entre las dos ciudades donde la mayoría de las personas estaban apostadas a ambos lados de las calles.

Una gran multitud seguía a Jesús en ese momento. Cuando Bartimeo oyó el ruido, preguntó quién pasaba. Le dijeron que era Jesús. Marcos dice que el ciego armó un alboroto para atraer la atención de Jesús a él. Clamó varias veces: «¡Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí!». Sus clamores causaron molestia a muchos que trataron de callarlo. Puede que al tratar de callarlo le hayan dicho: «¿Acaso no te das cuenta que Jesús tiene que atender asuntos más importantes que un mendigo ciego? Cállate y no lo molestes». Pero Jesús no tenía otra cosa que le preocupara más que este hombre. Bartimeo era pobre, ciego, y estaba indefenso, pero tenía algo a su favor: creía que Jesús era, de hecho, el Hijo de David, el Mesías prometido, y que Éste podía sanarlo de su ceguera. De allí que clamara: «¡Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí!». Marcos dice que sus clamores fueron escuchados. Jesús dijo: «Vete, tu fe te ha salvado». En seguida recobró la vista y seguía a Jesús en el camino.

Esta frase, «Hijo de David», es sumamente importante y era ampliamente usada en los círculos judíos, en los tiempos de Jesús, para referirse al esperado Mesías, el Salvador del mundo. Bartimeo no podía haberse dirigido a Jesús usando esta frase sin reconocer su propia fe en que este Jesús de Nazaret era el Mesías prometido que había de venir. No hay otra explicación para el uso de esa frase.

Curiosa e irónicamente, los dirigentes judíos de aquel tiempo estaban ciegos al hecho de que Jesús era el Hijo de David, el Mesías prometido, y, sin embargo, este pobre mendigo ciego no solamente lo sabía, sino que lo expresaba con clamores que llegaban al cielo. Este es un claro ejemplo de ciegos que ven y de videntes que son ciegos, tal como Jesús lo había anunciado. En Juan 9.39 Él dijo: «Para juicio he venido yo a este mundo; para que los que no ven vean, y los que ven, sean cegados».

Cuando Bartimeo recobró la vista, en seguida comenzó a seguir a Jesús en el camino. Bartimeo se hizo discípulo. Mateo recoge la sanidad de dos ciegos pero no menciona por nombre a ninguno. Marcos menciona la sanidad de uno solamente, pero lo menciona por nombre. Lo señala y dice: «Bartimeo el ciego, hijo de Timeo». Marcos menciona por nombre a este mendigo que fue sanado, y no menciona al otro porque Bartimeo,

sin duda alguna, se hizo discípulo de Jesús a partir de ese momento, y su nombre fue personalmente conocido y reconocido por los miembros de la iglesia primitiva.

CONCLUSIÓN

Dejamos a Jesús en el momento que andaba por el camino cuesta arriba que salía de Jericó hacia Jerusalén, en anticipación de un camino cuesta arriba aún más empinado y áspero, el camino al Calvario, que Él treparía en la semana que le esperaba. Jesús vivió toda Su vida con la cruz delante de Sí. Sabía que el rescate que debía pagarse por usted y por mí era Su vida. El costo de nuestra

salvación fue la cruz de Jesucristo.

Sobre esa cruz de Jesús,
Mis ojos pueden a veces ver,
La forma moribunda de Uno
Que sufrió allí por mí.
Y desde mi corazón afligido, con lágrimas
Dos maravillas yo confieso:
Las maravillas de Su glorioso amor,
Y de mi propia inutilidad.

La única esperanza que usted y yo tenemos de ser algún día aceptados por Dios reside en la cruz de Jesucristo. Si usted no ha venido a esa cruz con fe, con sincero arrepentimiento y siendo bautizado en Su muerte, ¿por qué no viene hoy?

©Copyright 2003, 2006 por La Verdad para Hoy
TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS